

EL OBRERO.

PERIÓDICO SEMANAL.—ORGANO DE LA SOCIEDAD DE ARTES Y OFICIOS.

Solidariamente responsable.

LA SOCIEDAD.

San José, 17 de Enero de 1891.

Redactor y Administrador,

MIGUEL A. SALAZAR.

CONDICIONES.

12 Números \$ 1-00
Número suelto 0-10
Avisos y remitidos a precios convencionales.
Comunicados de interés general GRATIS.

El Obrero.

Discurso

pronunciado por nuestro apreciable consocio y amigo don Emilio Artavia, en el acto de ser inhumados los restos del Teniente don Emilio Ruiz Saborio.

SEÑORES:

No soy yo seguramente el llamado á dirigiros mis pobres frases en este solemne momento en que están próximos á desaparecer de nuestra vista los restos mortales del que fué Emilio Ruiz. Vano sería mi intento si pretendiera con ellas hacer su panegirico ó pronunciar una oración fúnebre digna de nuestro querido amigo. No; es la amistad que á él me unía, es el sentimiento profundo que su repentina muerte me ha causado, lo que me mueve á turbar la paz que, no hallándola en este mundo él mismo quiso buscar en el otro.

La Amistad, palabra dulce, símbolo de la fraternidad y el compañerismo, la Amistad verdadera, franca y desinteresada he ahí lo primero que nos brindaba nuestro amigo Ruiz. Era amigo de todo el mundo, como suele decirse, y generalmente apreciado y querido de cuantos le conocían y trataban por las muchas prendas morales que le adornaban. Siempre afable, siempre complaciente, sin que nunca llegara á cegar el orgullo ó la vanidad, era el mismo así en el infortunio como en la prosperidad.

Sin embargo tuvo enemigos. Pero ¿quién no los tiene? aún los mas grandes hombres, aquellos que han asombrado al mundo con sus inventos ó su sabiduría se han visto heridos por la envidia y la calumnia. Estos dos asquerosos reptiles pretendieron clavar su afilado diente y manchar con su asquerosa baba la límpida reputación de nuestro amigo. Pero así como la aurora al aparecer en el horizonte ahuyenta las som-

bras de la noche así la verdad debía abrirse paso al través de las miserables invectivas de sus detractores.

Se le enrostraba el enorme delito de haber sido carretonero y como tal no podía ocupar el puesto de Segundo Comandante de Policía á que había ascendido por sus propios méritos y no por la baja intriga y la rastrera adulación de que por desgracia se valen muchos para obtener los puestos públicos. Miseria humana! Desde cuando el trabajo manual degrada al hombre para que un carretonero como nuestro amigo Ruiz lo fué, no pudiera llegar á ocupar un puesto más alto que el que tenía si él mismo no hubiera puesto tan temprano fin á sus días?

Preguntándole yo á un policía por qué algunos no querían á Ruiz como Comandante me contestó que él, como particular, era magnífico, muy amable y complaciente, pero como superior era muy rígido no permitiendo á sus subalternos el menor abuso.

Estos eran sus enemigos. Unos por envidia: otros por despecho. Preguntábale un día á Emilio si pensaba contestar al ataque que le hacían en un periódico y me contestó que ataques como ese los vería siempre con el mayor desprecio, puesto que solo se le atacaba personalmente, que cuando se le hiciera un cargo fundado por mal cumplimiento en sus deberes ó obligaciones, entonces contestaría en términos más decentes que los que usaban sus gratuitos enemigos.

Tal era aquel hombre cuya muerte deploramos hoy todos los que nos honrábamos con su amistad, y en particular la *Sociedad de Artes y Oficios*, de la cual era uno de sus socios más cumplidos. Yo me permito expresarlo así en su nombre y por ser estos mis personales sentimientos como consocio y amigo de Emilio.

¡Paz á sus restos, veneración y respeto á su memoria!

HÉ DICHO.

San José, 26 de Diciembre de 1890.

JUSTICIA AL MERITO.

Era el 7 de Mayo de 1856—la guerra que sostuvo Costa Rica con el filibustero en Nicaragua—había sido interrumpida por el terrible azote del

huesped Asiático; nuestro ejército diezmado por la terrible plaga corría desolado á sus hogares, nada podía detener el ímpetu horrible que cual río desbordado había roto inmenso dique. Sólo quedaron los que sintieron el horror de morir en tierra extraña, abandonados sus cadáveres á las aves carnívoras, lejos de una madre, de una esposa idolatrada—sin un consuelo, sin una esperanza.—Nada detenía el pánico atroz que había acaudado á los corazones de nuestros compatriotas—allí los llanos de Sapoá, testigos mudos, franqueaban sus anchos campos, para servir de sepulcros á tantos seres queridos; allí los hermanos á sus hermanos apenas daban un triste adiós al que quedaba y éstos dirigían á sus íntimos un último recuerdo.

Antes de llegar al "Jocote" en el llano de las delicias—está la tumba del malogrado Juan Alfaro Ruiz—la Historia Patria tendrá que dar un lugar distinguidísimo al valiente y heroico militar, al abnegado ciudadano que en medio de oficiales y soldados exhalaba su último suspiro después de haber rendido á nuestro país sus importantes servicios. Aquellos compañeros de armas, deseaban trasladar los restos venerandos del intrépido Alfaro Ruiz; las circunstancias aflictivas no permitieron tal paso,—mas las glorias costarricenses siempre harán luz en el horizonte de su vida pública.—Si los restos del General Alfaro aun no se han traído para honra de nuestra Patria, no será lejano el día que tal se haga y mientras tanto no dudamos que en el corazón de los costarricenses ese nombre vivirá con respeto y gratitud.

A la heroica Provincia de Alajuela, le ha cabido la honra de ser la cuna del denodado ciudadano que nos ocupa; pero á todo costarricense le cabe la satisfacción de contarle entre sus valientes y abnegados.—A Juan Santamaría—la patria hoy le hace merecida justicia, creemos también acreedor á tales méritos al General Alfaro Ruiz y sería cumplida cuando viéramos entre las tumbas la de nuestro héroe, y pudiera leerse en una sola palabra la historia de sublime abnegación; y sería una leyenda tradicional que las generaciones venideras verían con santo respeto y las madres al pie de ese monumento contarían á sus hijos las glorias de Alfaro Ruiz y el premio á la memoria de este soldado Patriota, sería un estímulo para sembrar en los tiernos corazones las grandes virtudes que ennoblecen á la humanidad.

No podemos dudar un momento que los amigos de la justicia y el progreso, contribuirán con su auxilio en favor de tal idea si ella merece acogida.—Aun existen Jefes y soldados que pueden dar notas evidentes sobre los hechos dignos de nuestra memoria y esos miles de compañeros de armas harán justicia al mérito y abnegación

que caracterizaron el noble corazón de Juan Alfaro Ruiz.

Enero 11 de 1891.

ZACARÍAS PACHECO.

VARIEDADES.

DICEN.

Nada mas inocente á primera vista, que el vocablo que acabamos de escribir para encabezar estas líneas, y sin embargo, al a mparo de su sutil trinchera, se puede herir impunemente á todo el mundo. Escoltada por estas dos silabas, se puede llevar una joven pura á las gemonias de la deshonra; un inocente á la picota; una familia entera, al abismo de la desesperación.

—Dicen que en la comida que dió ayer el Dr. N., don Andrés se guardo con disimulo, unas cucharas de plata.

—¿Quién le ha referido á usted eso?

—Lo he oído decir á varios de los convidados.

—Siempre las picardías se descubren.

—Dicen que sólo por no causar un escándalo, los dueños no lo hicieron desnudar en la escalera.

—Bien lo merecía; yo no lo hubiera dejado salir.

—Desde que estas cosas se dijeron, siempre que don Andrés entra en una casa, los dueños no se apartan ni un momento. Ahora se encuentra muy preocupado, porque su hija, una preciosa joven, encanto de su vida, alegría de su casa, acaba de ser desairada por el novio, en visperas ya de efectuarse el enlace, que iba á darle un yerno de bellísimas prendas. Un compañero de colegio, á quien no había convidado, le dijo un día:

—Sé que te casas pronto; pero debías invitarme á la función, aunque no fuera más que para ayudarte á cuidar las cucharas.

—¿Qué quieres decir con esto? Ojalá hablaras con claridad: no me gustan las reticencias.

—Pues sino te gustan, preguntáselo á cualquiera que pase por la calle.

La traidora averiguación dió por resultado la ruptura del matrimonio proyectado, dejando despedazados dos corazones, y lleno de amargura á don Andrés, que no puede explicarse por qué sus amigos de antes esquivan saberlo hace algún tiempo y no le pagan sus visitas.

—Dicen que anoche en el Teatro, doña María.....

—Puff! ¿y cómo sabe usted tal cosa?

—Lo he oído decir en todas partes.

—¿Pero quién ha presenciado el hecho?

—Ha habido quien lo haya visto. Y una cierta sonrisa como de gente discreta, profundiza la herida. Doña María no sabe por que, desde enton-

ces, las paredes de su casa aparecen con letreros inmundos, y por qué ciertas gentes se quedan mirándola de arriba abajo, cuando pasa. Sospechando que esto tenga relación con cierta inquilina de una tienda de la casa, la hace desocupar, y entonces oye decirle á gritos, cosas que la dejan privada del sentido. Su hermano que presencia la escena, cierra á bastonazos con la insolente que así grita, y recibe una pedrada que le rompe el ojo. Luego un sumario, declaraciones, escándalo, y por último, cierta esquela en que el Director de teatro retira el abono, "porque desea evitar nuevas interpretaciones." Sólo entonces comprende doña María la infamia que se le atribuye; pero es ya tarde: el daño es irremediable: la sociedad se le vuelve odiosa: vende á bajo precio, cuanto tiene, y va á ocultar no su falta, sino su dolor, en obscura población que guardará sus cenizas. Entre tanto, la maldiciente goza de su triunfo: está vengada de haberle negado la señora una prenda de vestir que le pedía prestada.

Aquel juez que ama la justicia, no pudo acceder á las pretenciones de Z, y pronto se supo en toda la ciudad, que es un juez; fiado en el testimonio de su conciencia, espera su reelección, y aun se compromete en un negocio con la esperanza de los futuros sueldos; pero queda dolorosamente sorprendido al ver que en su lugar, resulta elegido el amigo Z, y horriblemente indignado al saber que no lo han reelegido por tales y cuales hechos que todo el mundo le atribuye.

Pretende esclarecer la verdad, buscar un responsable de la atroz calumnia; pero en la manera como le responden ó lo esquivan las personas á quienes se dirige, comprende que nadie cree en su inocencia y que está perdido en la opinión pública. Impotente en su furor, se extravía: dirige sus sospechas contra un enemigo inocente de todo. Hay un choque, una herida mortal, y luego una cárcel, una familia abandonada, la miseria después, y la deshonra final.

Se engañan los que creen que en el mundo no hay caretas ni disfraces sino en días destinados para ellos. Nosotros sostenemos todo lo contrario: sostenemos que en aquellos días, todo el mundo se quita la máscara, supuesto que en ese tiempo cada uno con sus propios labios, le suele decir al prójimo todo lo que siente. En los otros días todos se guardan de hablar contra los demás, á menos de haberse enmascarado perfectamente con el *dicen*.

Un Judas, amigo nuestro, nos dijo una vez, tomándonos del brazo:

—*Dicen* que usted, etc., etc.: que usted, etc., etc.

—¡Oh! esto es una infamia, una calumnia miserable: nuestro crédito va á perderse sin remedio. ¿Quién le refirió á usted esto?

—No se habla de otra cosa en todas partes.

Después de tres días de angustia, logramos descubrir que nuestro amigo era el primero y el único que lo había dicho. Tomamos nuestras medidas, y logramos contener el mal.

Esto nos recordó aquello que solía decir Voltaire: "Hay tres clases de amigos: unos que nos aborrecen; otros que ven siempre con placer el mal que nos sucede, y otros que en realidad nos aman. ¿Cuántos de cada clase, tendrá cada uno de nosotros?"

Alguien ha dicho que la reputación calumniada es como la harina derramada: se puede talvez recogerla; pero nunca tan limpia como cayó.

El *dicen* es la manera más expedita de arrojar á tierra la blanca harina de la ajena reputación. Después, que la recoja quien lo pueda.

Terrible, pero justo, es el anatema de la Religión Católica contra los que *dicen*. Penoso castigo, pero castigo necesario, el obligar al detractor á recoger públicamente sus expresiones.

En la sociedad hay gentes que asesinan, gentes que roban y gentes que *dicen*. El Código Penal castiga á los primeros con la muerte, y á los segundos con el presidio; pero los terceros quedan impunes por ministerio de la ley.

Y sin embargo, hay un medio muy sencillo de arrojar el *dicen* de la sociedad. Consiste en que todo hombre sensato, toda persona de buena educación, no repita nunca el *dicen*, sin agregar: Fulano lo dijo. Así no tardará en hallarse pronto el origen del mal.

El que diga, sabrá que no lo guardarán el secreto y callará ó se dispondrá á sostener la verdad, como cumple á las almas bien nacidas.

El forjador de mentiras no se quedará riendo de su obra, amparado por la tonta reserva de aquellos á quienes toma por instrumento de publicidad. La verdad brillará y la franqueza digna subirá á los altares que suele ocupar la menguada maledicencia.

No juzgar sin oír, es trivial axioma de que todos nos alabamos; pero basta que un *dicen* zumbe por ahí, basta que aquellas cinco letras formen en nuestro timpano su diabólica danza, para que el axioma y el sentido caigan á tierra: damos por presentados los testigos, por notificado y convicto al acusado y con sentencia inapelable, lo condenamos, cuando menos, á quedar mientras viva, encerrado en calabozo de vehemente sospecha, en el panóptico de nuestra alma.

Nunca queremos admitir que otros puedan obrar por móviles nobles. Amor á la Patria, anhelo por la justicia, deseo de nuestra propia grandeza, santa pasión por la Libertad, nada de eso impulsa ni puede impulsar á aquellos compatriotas: el resorte debe ser lo peor posible.

¡Pobre corazón! Si esto no prueba que hubo un día en que perdió su natural centro de gravedad, no sabemos para qué puede servir ya la educación.

¡Oh *dicen*, careta universal del género humano! Si hay justicia en la creación, en el último día, cuando caigas para siempre, tus pedazos serán los primeros combustibles de la eterna hoguera.

¡Qué palabra, Dios mío! Siempre que la oímos pronunciar, recordamos á Prometeo, esa terrible creación de los infiernos mitológicos. La Sociedad es Prometeo, el *dicen*, es el buitre que devora perpetuamente sus entrañas.

C. A.

(Tomado de "El Imparcial" de Guatemala.)

Comunicados.

Señor don Minor C. Keith.

Presente.

Siento mucho que la primera vez que tengo el gusto de dirigirme á Ud. sea para tratar de un asunto penoso para entrambos: y éste es el muchísimo descuido y los muchísimos abusos que se observan en el servicio de su ferrocarril.

Comprendo muy bien que en ningún caso sea Ud. directamente responsable de esas faltas, pero sí lo es por tener á su servicio em-

pleados que no corresponden á su confianza de Ud. y á lo que el público que paga tiene derecho á exigir de ellos.

Es cierto que cuando no hay competencia para una empresa cualquiera puede ésta impunemente cometer cuantos abusos quisiera; pero estoy cierto que Ud. jamás será de esa opinión y hasta creo que las cláusulas de su contrato contengan alguna disposición por insignificante que sea, que le obligue á preocuparse más del buen servicio para un público que paga tan caro.

Es verdad que Ud. ha llevado á cabo empresas casi imposibles, pero cuando esas empresas son del género de la que me ocupo, los detalles y pormenores forman parte esencialísima de ellas.

¿De qué nos serviría que Ud. se afanara en practicar un túnel por ejemplo, para que pasase un tren, si luego la locomotora no tiene carbón, le falta un émbolo ó se desmenua por ineptitud ó embriaguez de un maquinista?

¿De qué nos sirve que Ud. haya hecho prodigios de ciencia, de arte y de finanza, para construir una línea ferrea, si después no puede tan siquiera cumplirse un simple itinerario de salida de trenes?

¿De qué nos sirve que Ud. no duerma y pierda su salud y sus fuerzas por unir los dos mares sino ha de tener tan siquiera la leña necesaria para un mal viaje de cincuenta á sesenta minutos?

En mi concepto la gloria sin la utilidad no es más que verdadero humo de paja y realmente ni á mí me gusta oír renegando de Ud. en todas las estaciones y con muchísima razón, ya por siniestros que ocurren á cada momento ó ya por retrasos que acaban con la paciencia de un santo.

Y hay más, si Ud. quisiera ordenase á todos sus empleados tener algo más de educación y amabilidad particularmente los encargados de algunas estaciones que por razón de su empleo están en voce directo con el público que paga!...

Sin embargo, señor Keith, quiero advertirle que no todos son lo mismo. Los conductores, por ejemplo son jóvenes muy simpáticos y que cumplen con su deber, pero por más que haga un conductor es imposible que haga andar una locomotora sin leña ó carbón.

Concluyo por ahora, suplicándole disimule la molestia que le cause al distraer su atención con esta carta si es que acaso la lee, y me suscribo de Ud. muy respetuoso servidor,

Público Pagano.

Sueltos.

Se hace saber á todos aquellos socios que adeuden cuotas atrasadas, que el administrador de este periódico pasará á hacerles una visita con el objeto de coleccionar sus respectivos valores. En guerra avisada.....

En atención á que muchas personas se dirigen á mí para asuntos que conciernen á la Administración de la *Sociedad de Artes y Oficios*, hago saber: que esta sociedad, entre otros empleados, tiene un *administrador general* que lo es el señor don Juan Rodríguez M., con quien deben entenderse pues yo no soy sino simplemente el Presidente de dicha Sociedad.

MANUEL V. DENGÓ.

Algunas personas me hacen el honor de suponerme Redactor de esta hoja y, para evitar equivocaciones, me hallo en la obligación de manifestar públicamente que nunca la Sociedad de Artes y oficios me distinguió con tal favor.

Conste, pues.

V. J. CÓLCHER.

Un amigo nuestro, vecino de Orosi, nos ha referido los tristes deseos que algunos tienen de suprimir la escuela del citado pueblo.

Por el momento la razón parece estar de parte del Inspector, pues la cárcel está en la misma casa que la escuela y ésta carece de útiles; pero ¿y el Empréstito Escolar? ¿y el $\frac{1}{4}$ de manzana que para casa de escuela existe en el cuadrante de Orosi?

El mismo amigo nos asegura existir la suma de \$ 420-00 en la Tesorería del Paraíso, perteneciente á fondos escolares de Orosi. Si es así, es injusto pensar siquiera en suprimir la referida escuela.

Rectificamos.—Según hemos podido leer en "La Prensa Libre", once mil pesos solamente costó el baile del 31 de Diciembre y no veinte mil como se permitió decirnos algún exagerado reporter.

Damos cordial bienvenida á los Doctores don Valeriano y don Juan F. Ferraz que acaban de llegar de Europa.

El distinguido ciudadano don Francisco María Iglesias ha tenido el inmenso dolor de perder á su estimable esposa la señora Enriqueta Tinoco de Iglesias.

Le presentamos nuestra respetuosa manifestación de condolencia, lo mismo que á la numerosa familia.

El siguiente suelto que consideramos muy oportuno, es tomado de "El Herald" de esta ciudad:

"La guillotina que el ferrocarril central tiene colocada en el puente del río Ciruelas, cerca de Alajuela, ha vuelto á funcionar: un infeliz italiano fué decapitado.

Viene, pues, sucediendo que ya que no tenemos pena de muerte para el asesino, sí la tenemos para el inocente.

En Europa ó Estados Unidos, la Empresa hubiera tenido que pagar á los deudos de la víctima, una cantidad suficiente para construir seis anchísimos puentes sobre el mencionado río".

Aquí mucho es que no haya que pagarle á la Empresa el daño que la cabeza del desgraciado hizo al puente.

"La República" ha comenzado á publicar utilísima descripción de las llanuras de Guatuzo, y, sin que sea faltarle al respeto, nos atrevemos á hacerle una pequeña rectificación.

Al comienzo del noveno párrafo de

su editorial del nº 1,317, dice:—"el principal de los afluentes citados es el arenal....."

Pues bien, el arenal ni estaba citado, ni es afluente del río Frio, sino del San Carlos.

A las lectoras.—Del lunes 19 del corriente en adelante quedará abierta nuevamente la biblioteca de la Sociedad de Artes y Oficios, de 7 á 9 p. m.

BANCOS TIGRES.

(REPRODUCCIÓN).

Gráfico nombre, á fé nuestra, es éste, con el cual se designa en el país esas crueles casas de usura en las que el pobre vá dejando paulatinamente el producto de su trabajo, las prendas y alhajas que constituyen en sus mejores días los ahorros y reservas que arranca á sus salarios con rigurosas economías, el porvenir material de sus hijos y á veces hasta la honra cuya pérdida, superior á la de todos los demás terrenales bien conduce unas veces á la mendicidad, otras á la desesperación, otras al crimen y otras al suicidio. Es decir:—siempre á la desgracia!

No queda mejor prendida la mosca en el telar de la implacable araña que el pobre en la casa de préstamos.

El usurero es un vampiro humano. En su pecho no halla cabida el sentimiento de la caridad: su Dios único es el dinero, y el doloso tanto por ciento la estrella que guía sus pasos hacia el cielo de sus dorados sueños:

Apenas si hay pobre que no conozca sus combinaciones.

El avalúa la joya que se le presenta:—porsupuesto depreciadamente; de ese valor no dá más que la mitad, de esa mitad descuenta el interés anticipado de todo el plazo, y al vencimiento de este si no se saca la prenda ó se hace una consignación de nuevos interés ya se sabe el pacto de retroventa que es la zarpa de ese tigre, hace suya la finca, viniendo á salirle muchas veces por el menos de la mitad de su valor; y alguna que otra vez de balde! Joya que sea del agrado del usurero, puede considerarse irremisiblemente perdida por su dueño, al caer bajo las garras de aquel.

De este modo atesora; de este modo especula con la necesidad; de este modo esquilmajarruina al pobre que una enfermedad, un mal cálculo, una pérdida, un accidente cualquiera ha puesto en el predicamento de girar sobre las reservas de su pasado, las insuficiencias de su presente, ó las eventualidades de su porvenir, entregándose en un momento de seprema agonía, como víctima voluntaria de infando sacrificio.

El que no tiene prenda que empeñar en aquellos bancos del hambre enajena salarios que no ha ganado, sueldos que talvez no devengará, llevándose de encuentro al amigo ó conocido que en hora mala le garantiza con su firma ó responsabilidad.

Este es el cuadro fiel aunque abreviado de las consecuencias de

esas casas de préstamos usurarias que alientan y medran en las ciudades á la sombra del vicio y de la desgracia; cuadro que imperfectamente hemos bosquejado, con el objeto de llamar sobre él la atención, por las consecuencias que de él se derivan para la sociedad, insinuando la idea de que la acción paternal del Gobierno, acuda con el necesario remedio.

Y ¿cuál sería ese remedio?

La fundación de un Banco ó Monte de Piedad, de limitado capital, que bajo reglas equitativas, supliera con pequeñas cantidades, ya bajo prenda ó bajo fianza personal, á la clase de empleados y obreros.

Esto destruiría por una parte un trátego desalmado y odioso, y por otra salvaría de naufragio cierto y moral muchos seres inocentes á quienes en un momento dado las circunstancias arrastran con fuerza superior á su voluntad á lamentables extremos.

El Monte de Piedad sería una institución filantropica para la cual no habría voto de censura sino, ántes bien, aplausos y bendiciones.

De "La Prensa Libre."

Campo Personal.

Señor don

Miguel A. Salazar.

P.

Muy estimado amigo:

Con profunda indignación he visto en las columnas de "La Prensa Libre," de hoy el miserable pasquin que le ha dirigido un tal Antón, que como todos los cobardes que tiran la piedra y esconden la mano, no ha tenido el valor de firmar lo que en su misma conciencia no podrá menos de considerar como una vil infamia.

No dudo que Ud. verá con el desprecio que se merecen los pobres conceptos á que me refiero y que dan una más pobre idea de su autor.

Pero entre tanto me creo en el deber de manifestarle que como consocio y como 1er. vocal de la Directiva de la Sociedad de Artes y Oficios estoy plenamente convencido y lo está la sociedad en general de lo injustos que son los ataques que tan desprovistos de razón se atreven á dirigirle como Redactor de "El Obrero."

A todos nos consta y con gratitud lo consigno aquí, que U. fué el autor de la moción para fundar el periódico y la biblioteca de la sociedad, obsequiando generosamente con ese objeto la importante y valiosa obra *Historia de Centro América* por el Dr. Montufar, poniendo así la primera piedra, según su propia expresión, para el edificio que paulatinamente y á despecho de sus gratuitos enemigos, se levanta.

La Directiva le nombró á Ud. redactor de "El Obrero," y al infrascrito administrador del mismo sin remuneración ninguna. Poco tiempo después se asignó un sueldo de \$ 40-00 al administrador solamente. U. siempre ha desempeñado la Redacción sin recibir retribución alguna por ese cargo, y si hoy recibe usted al exiguo sueldo que ántes cité es por haberse hecho cargo de la Administración.

Por lo demás amigo mío, Ud. debe estar satisfecho con tener la convic-

ción de que las personas sensatas saben apreciarlo como se merece y que nunca pueden juzgarse capaz de venderse á nadie, y ni aun de recibir un sueldo del Gobierno, es decir del pueblo, por defender á su Director, contra viento y marea, de los ataques que con más ó menos razón se le dirijen de cuando en cuando.

Sírvase amigo disimular que lo haya molestado por un asunto que no merece la pena de prestarle atención, dada la falsedad del cargo que se le imputa y aceptar que me ofrezca de U atento s. s.

EMILIO ARTAVIA A,

Enero 13 de 1891.

AGRADECEMOS sinceramente los conceptos concebidos en la carta de nuestro querido amigo don Emilio Artavia. Cediendo á sus deseos le damos publicidad para que nuestros ocultos enemigos se persuadan de que también tenemos amigos que deseando defendernos, con la hidalgua de los hombres de bien autorizan sus escritos con su firma. Artavia siempre nos ha hecho el favor de creernos mas de lo que somos, la amistad le hace favorecernos con términos tan galantes y aunque no los merezcamos, ellos son ingenuos.

Mil gracias amigo.

EN SERIO.

Sin elogiarnos, confesamos que somos muy atrevidos. Nos olvidamos de que don Manuel J. Carranza, es uno de los pocos hombres que no se dejan sentar moscas.

Por eso tuvimos el atrevimiento de referirnos á él en términos toscos, pero corteses. Don Manuel al contrario, para contestarnos renunció á la cortesía para ser grosero. Cada uno da de lo que tiene, es decir, los naranjos no dan anonas.

Luego á don Manuel le gustan mucho algunas palabritas como *miente usted, atrevido, que se enfrente, se necesita valor, para ser atrevido &, &*.

Cualquiera que lea los escritos de don Manuel, sin conocerlo dirá:—¡Qué hombre tan bravo!—¡Caramba, y debe ser algún chiquito según se expresa, pero qué bravo!

No se enojé, don Manuel, el que sale á la calle tiene que ver bultos.

¿Usted construyó el casillero, verdad?—No.—Pues no.—¿Usted lo dirigió?—Si.—Pues si.—Quédese Ud. con el casillero que se hizo bajo su exclusiva dirección, y mírese en él como cuando se ve al espejo.—Qué bonito es (el casillero).—Más bonita es la plata que pagó el Gobierno por todo el trabajo y sin embargo no salió de los talleres nacionales. Y el Gobierno que pagó, está ganando indulgencias con las avemarías de don Manuel, y don Manuel gana avemarías con las indulgencias del Gobierno. y las avemarías del Gobierno no ganan indulgencias con don Manuel y las indulgencias de don Manuel son las de las avemarías del Gobierno y en resumen, que todo es de don Manuel.

Resulta ahora, que quien hizo la planta y principió el casillero fué Gerardo Matamoros cuando servía la Jefatura del Taller del Gobierno y sin embargo el Gobierno nada ha tenido que ver con el casillero: y don Manuel Carranza gana sueldo del Gobierno y dirigió *exclusivamente* el casillero y este no salió de los talleres del Gobierno.

Qué laberinto! hombre, qué laberinto el que ha formado don Manuel. ¿Cuándo saldremos de él? (este el se refiere á laberinto).

Que se enfrente don Manuel á desvestirse ahora que nos atrevamos á decir que fué Gerardo.....

¿Y qué diremos de las contradicciones de don Manuel? En su primer remitido dijo, que nadie, sino él, los dos italianos y la Dirección General de Obras Públicas, habían intervenido en el casillero. Ahora dice, que la Sociedad se hizo cargo y mandó un artista, y hechó á perder é hizo de nuevo y quedó á su satisfacción, no sabiendo que ahora que el trabajo quedó á satisfacción de don Manuel, pa-a una carta tan gruesa como él.....asegura, por debajo de muchas de las ventanillas. ¡Qué satisfacción!

También dice don Manuel que no quedó contento *¿Qué había de quedar!* Con el trabajo de pintura, y que él lo mandó hacer á otra persona, y no dice que habiéndose disgustado el señor Castro con el representante de la Sociedad de Artes y Oficios, ofreció no hacer el trabajo de pintura á ningún precio; de modo que el señor Rodríguez, don Juan, propuso á don Manuel que le hablara al señor Castro y éste por medio de don Manuel si aceptó el trabajo. Además, la Sociedad le paga al señor Castro y aún debe haberle adelantado algo á cuenta. Y ahora, que nos atrevamos nosotros á decir esto, es un verdadero atrevimiento.

También hemos podido saber que si hay muchas casillas notablemente desajustadas, es á consecuencia de haber sido fabricadas en tiempo de invierno, cuando la madera estaba *inflada* y ahora con la estación seca y los grandes calores ha vuelto la madera á su estado natural, dejando grandes *rendijas* por donde pasa la brisa veraniega á refrescar las cartas.

Este casillero será, pues, un verdadero barómetro y los que deseen cerciorarse si las estaciones, seca ó lluviosa estan próximas, no tienen más que acercarse á consultar el oráculo de la obra milagrosa de don Manuel y podrán decir, si está todo bien ajustado: ya se acerca el invierno! Si las ventanillas dejan pasar la luz: ya se acerca el verano y con él las mojigangas, fiestas, año nuevo y estreno de casilleros!

Bendito siglo XIX y bendito año 1890, que habeis dado al mundo las más grandes obras de.....

SECCION HUMORISTICA.

CABLEGRAMAS

dirigidos exclusivamente á "El Obrero."

New York, Enero 10.—En ésta no hay quien fabrique un casillero para la Post-Office. Corren rumores de que en Costa Rica vive la única persona que puede venir á dirigir el trabajo. Suplicole contratarlo por cuenta del Gobierno de los Estados Unidos. Haga Ud. por que ese genio no se niege á venir y que sea lo más pronto. Será muy bien remunerado. Haremos publicar su interesante retrato en el "Puck" y en el "Judge."

Knickerbocker.
Postmister.

Contestación.

Ciertamente, aquí se habla de un casillero. Un carpintero joven, el señor don Gerardo Matamoros, hizo la planta y otros preparativos, pero él es un muchacho humilde que no quiere figurar ni aparecer al compás de sonajas, por lo cual se niega á pa-tir para esa.

E. R.

New York, Enero, 11.—En los principales periódicos de ésta se habla de un señor Manuel J. Carranza. Supongo que Ud. se ha equivocado nombrándome otro. El "Sun," dice ser muy sharp. El "Herald" lo ha encombrado mas arriba de su *décimo quinto piso* con un tal A. de M. El "World" está atónito: aquí no se mienta á ese Matamoros. ¿Puede Ud. contratarme al señor Carranza y remitírmelo cuanto antes? La cosa urge.

Knickobocker.

Contestación.

Olvidé mencionar al señor Carranza en mi anterior cable. Suplícole disimular el olvido. Por el próximo correo remitiré al señor Carranza en un paquete postal.

E. R.

New York, Enero 11.—Suplico registren (certificar) al señor Carranza para que no se pierda. Sáquele el dinero de los bolsillos, para que pese menos. Por telégrafo viene más pronto.

Knickobocker.

(Nota del R.—Estos yankees son tan previsores para todo, que parece supieran. Pedir que se certifique don Manuel.....!!)

New York, Enero 12.—Recibí señor Carranza, muy obligado á Ud. Al hacer un ensayo en el casillero, Carranza se escurrió *enterito* por debajo de una de las ventanillas que quedaron desajustadas. Nuestro hombre ha salido en busca de dos italianos, por que dice no sirven los obreros yankees.

Knickobocker.

Contestación.

Siento mucho lo ocurrido. ¿Esa acción es de la *exclusiva dirección* del señor Carranza? Estamos en gran zozobra. Sírvase darme pormenores.

E. R.

New York, Enero, 13.—Hoy día de San Caralampio, fué encontrado don Carranza con los italianos.

Knickobocker.

Contestación.

Eso lo presuñamos. Nada nuevo nos dice Ud.

E. R.

New York, Enero, 13.—Está noche se representará en el Gran Casino, el drama de Echegaray "Los Anónimos." El señor Carranza asistirá al teatro y desea acompañarse de su amigo Anton, pues dice ser el mejor apuntador que existe en Costa Rica.

Puede Ud. hacerme un servicio más cual es el de contratármelo sin falta para hoy.

Knickobcker.

Contestación.

¿Cómo supo Ud. lo de Anton? Presumo que estos señores van á ser muy célebres en las estados de la unión y me atrevo á proponerle nombre *Director General de Casilleros* al señor Carranza y Secretario privado de éste á Anton.

E. R.

New York, Enero 14.—Carranza no dice nada. El casillero sigue mudo.

Se prepara una gran conflagración en la oficina de postas. Anton se encuentra en ésta y espera impaciente su contestación. El cable ha sido cortado por el submarino Peral y no hay más comunicación. El presente le llegará por vía London.

Knickobocker.

GRAN FUNCION. Se prepara una muy grande de fantoches al natural á beneficio del casillero de la Dirección General de Correos.

El Director escénico es don Carranza.

Se suplica á los admiradores no devolver las localidades.

Primera representación *La gloria arrebatada* en prosa por Anton.

Oportunamente verán la luz los programas que seran redactados por *El Zurdo*.

COMO ÉSTE HAY MUCHOS.—Un caballero escribió á un amigo suyo que le mandase dos *albardas*, que según fama se fabricaban muy buenas en la ciudad en que el segundo habitaba; pero el escribiente se equivocó y puso *albardas* por *alabardas*.

Pocos días después recibió el peticionario las dos albardas y en lugar de enojarse, escribió al amigo, de su puño y letra, otra carta, dándole las gracias. "Respecto á la estraneza que le ha causado á U. mi pedido—añadía—debe cesar desde el momento en que le diga, que las dos albardas vienen muy bien: la una para mi escribiente por su equivocación y la otra para mí, por no leer lo que firmaba."

De "La Estrella de Oriente."

QUÉ PAR DE ELLOS.

En un callejón muy angosto encontráronse de frente dos coches; en el uno iba un Cuáquero, en el otro venía un luterano.

Cada uno pretendía que el otro debía cejar, aunque ninguno cedía.

El Cuáquero hizo apearse su coche, se cruzó de brazos y piernas y se dispuso á pasar allí el día.

El luterano se anelló en los almohadones diciéndose: "de aquí no me muevo".

Después de algunas horas el luterano sacó su eslabon y encendió un cigarro.

El Cuáquero encendió una pajerela, la aplicó á su pipa y se puso á fumar tranquilamente.

El luterano saco luego un periódico más grande que una sábana y se puso á leerlo hasta la última sílaba, cuando terminó le dijo el Cuáquero:

Caballero, volved á leer el periódico y cuando hayais terminado me haréis el favor de prestármelo.

Viendo el luterano el temple del Cuáquero, cejó, mandó retroceder su coche y el Cuáquero continuó impasible su camino.

A NADIE.

DE POTENTINI.

Todo podrán quitarte: tu leontina, tus lentes de oro, tu gentil sombrero, tus lances de Tenorio callejero, tu vicio de alcahuete y tu propina.

Muy bien podrán quitarte aquella mina que hallaste en la mujer de aquel tendero, tus hábitos ocultos de usurero y tu eterno vivir en la cantina.

Podrán quitarte el tujo, la insolencia, tus resabios de pillo y de perjuro, tus falsos humos de ribal triunfante.

Hasta podrán quitarte la existencia, pero nadie te quita de seguro, tu condición de torpe y de pedante.

À LA MUERTE.

Si has de venir al fin, ven cuando quieras y no traidora, y livida, y callada; ven, como si mujer enamorada de mi amoroso afán cómplice fueras.

Otros de tus visiones y quimeras huyan la acometida ó la emboscada. ó te llamen con voz desesperada para que pronto y sin piedad les hieras.

Yo, que ni juzgo bien el bien presente, ni llevo el corazón hecho pedazos, bajo en paz de la vida la pendiente;

Y espero en Dios que, al desatar sus lazos, tú, cariños, besurás mi frente, y yo, feliz me dormiré en tus brazos.

MANUEL DEL PALACIO.

AL VIENTO.

Cuando era niño, con pavor te oía En las puertas gemir de mi aposento; Doloroso, tristísimo lamento De misteriosos seres te creía.

Cuando era joven tu rumor decía Frases que adiviné mi pensamiento, Y después, al cruzar el campamento, "Patra" tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento, azotando, en las oscuras Noches, de mi prisión las fuertes rejas, Pero hánme dicho ya mis desventuras, Que eres viento, no más, cuando te quejas, Eres viento, si ruyes ó murmuras, Viento si llegas, viento si te alejas.

VICENTE RIVA PALACIO.

(México.)

EL AHORRO

por SAMUEL SMILES,

(Continúa.)

CAPÍTULO II.

HÁBITOS DE ECONOMÍA.

Que ningún hombre diga que no puede economizar. Hay muy escasas personas que no puedan poner sus medios para economizar algunos chelines semanalmente. En veinte años, guardando tres chelines semanalmente llegarían á ser doscientas cuarenta libras esterlinas; y en diez años más, con el aumento de los intereses, serían cuatrocientas veinte libras. Algunos podrán decir que no pueden economizar eso ni con mucho. ¡Bien! Principiad con dos chelines, un chelín, ó aunque solo sea medio chelín. Principiad con cualquier cosa; pero; de cualquier modo, empezad á hacerlo. Medió chelín por semana depositado en los bancos de ahorro, llegarán á cuarenta libras en veinte años, y á sesenta libras en treinta años. Lo que debe formarse es el *hábito* de economizar y de saber negarse uno á sí mismo determinadas cosas.

El ahorro no requiere un valor ni una inteligencia superiores, ni ninguna virtud sobrehumana. Solo requiere sentido común, y el poder de resistir á fruiciones egoístas. Realmente, el ahorro no es sino el sentido común en acción por un ejercicio diario. No necesita ninguna resolución ferviente, sino una pequeña y paciente abnegación de sí mismo. PRINCIPIA, es su divisa. Cuanto más se practica el hábito del ahorro, tanto más fácil se hace y tanto más pronto recompensa al que se rehusa á sí mismo, de los trabajos que se ha impuesto.

Podrá preguntarse: ¿Es posible que un hombre que trabaja por un sueldo pequeño pueda hacer economías, y pueda colocarlas en un banco de ahorros, cuando necesita hasta de un penique para la manutención de su familia? Pero el hecho está ahí: y es un hecho efectuado por muchos hombres laboriosos y sobrios, que se privan y colocan sus ganancias economizadas en bancos de ahorros, y en otros establecimientos para los ahorros de los hombres pobres. Y si algunos pueden hacerlo, todos los que se hallarán en iguales circunstancias, harán lo mismo sin privarse de ningún placer legítimo, ó ninguna fruición verdadera.

¡Cuán intensamente egoísta es la persona que recibe una buena paga y la gasta toda para sí; ó, si tiene familia, gasta todas sus ganancias de semana en semana, y no guarda nada! Cuando oímos de un hombre que ha gozado de un buen sueldo, y que ha muerto sin dejar nada tras de sí—que ha dejado desprovistas á su mujer y su familia—que las ha dejado á la buena de Dios á que vivan ó mueran en cualquier parte, lo consideramos como fruto de la prodigalidad más egoísta. Y sin embargo, se piensa relativamente poco en semejantes casos. Quizá se hace una subscripción, pero éstas podrán producir algo, quizás nada, y los arruinados restos de la desgraciada familia caerán en la pobreza y en el desamparo.

Con todo un poco de prudencia podría haber evitado en gran parte ese resultado. La privación de cualquier fruición sensual y egoísta—el de un vaso de cerveza ó de unos cigarrillos—pondrían á un hombre en el transcurso de los años en condición de ahorrar por lo menos algo para otros, en vez de despilfarrar en sí mismo. Es un deber verdaderamente absoluto para el hombre más pobre, proveer aunque sea en pequeña escala, al sostén suyo y de su familia en las épocas de enfermedad y de desamparo que á veces caen sobre los hombres cuando menos esperan semejante visita.

Relativamente pocas personas pueden ser ricas; pero los más se hallan en el caso de poder conseguir lo bastante por medio de la laboriosidad y de la economía, para proveer á todas sus necesidades personales. Hasta pueden llegar á ser poseedores de suficientes ahorros para asegurarlos contra la penuria y la pobreza en su ancianidad. Sin embargo, no es la falta de oportunidad, sino la falta de voluntad, la que se atraviesa en el camino de la economía. Los hombres pueden trabajar incesantemente con las manos ó la cabeza; pero no pueden abstenerse de gastar demasiado liberalmente, y de vivir holgadamente.

El mayor número prefiere el goce del placer á la práctica de la abnegación de sí mismo. En la generalidad de los hombres, es superior el animal. A menudo gastan todo lo que ganan. Pero no son únicamente los obreros los malgastadores. Oímos de hombres que durante años han estado ganando y gastando centenares de libras esterlinas al año, que mueren de pronto, dejando á sus hijos sin un penique. Todos conocen casos semejantes. A su muerte, hasta el ajuar en que han vivido pertenece á otros. Se vende para pagar los gastos del entierro y las deudas en que han incurrido durante su pródiga existencia.

El dinero representa una porción de objetos sin valor, ó sin utilidad real, pero también representa algo mucho más precioso, como es la independencia, y desde ese punto de vista es de grande importancia moral.

Como una garantía de independencia, la modesta y plebeya cualidad de la economía es ennoblecida y elevada á la vez al rango de una de las virtudes más meritorias. "Nunca tratéis con ligereza los negocios de dinero, dijo Bulwer, el dinero es carácter." Algunas de las cualidades mejores del hombre dependen del verdadero uso del dinero, tales como su generosidad, benevolencia, justicia, honradez y previsión. Muchas de sus peores cualidades también tienen origen en el mal uso del dinero, tales como la codicia, la tacañería, la injusticia, el despilfarro y la imprevisión.

(Continuará.)